

# LA MASCARA\*

ROGER CAILLOIS \*\*

**R**EUNO en este trabajo algunas reflexiones y varios antecedentes susceptibles de ser utilizados en una fenomenología general de la máscara. No necesito señalar el carácter más que aventurado de ciertas hipótesis que propongo. Aspiran nada menos que a conferir al uso universal de la máscara entre los hombres un origen que se remonta más allá de la especie: existen insectos que pueden dar testimonio de ello.

## I. *La importancia de la máscara*

La humanidad entera lleva máscara o ha hecho uso de ella. Este accesorio enigmático y sin un destino útil se halla más difundido que la palanca, el arco, el arpón o el arado. Pueblos enteros han ignorado los utensilios más humildes, los más preciosos. No obstante, conocían ya la máscara. Ha habido civilizaciones, entre las más notables, que prosperaron sin conocer la rueda, o lo que es peor, conociéndola, sin tener idea de cómo emplearla. La máscara empero, les era familiar. El hombre, en general, el hombre abstracto e hipotético de las primeras edades y de las primeras culturas, podría pretender con más razón que Descartes y, en todo caso, con un sentido genuino, decir aquello de: "me adelanto enmascarado". No existe útil, invención, creencia, institución o costumbre que establezca la unidad de la humanidad, por lo menos al punto que lo cumple y lo manifiesta el uso de la máscara.

Existe un misterio de la máscara; misterio de las razones que, don-

---

\* Traducción del francés por Gabriel Franco.

\*\* Conocido sociólogo y erudito francés. Autor de varias obras algunas de las cuales han sido traducidas al español, tales como *Ensayo sobre el espíritu de las sectas* (1945), *Fisiología del Leviatán* (1946), *El Mito y el Hombre* (1939), *El Hombre y lo Sagrado* (1942). Actualmente es Jefe de Redacción de la Revista *Diogenes* que publica la UNESCO.

dequiera, pudieron impulsar al hombre a cubrirse la cara con una segunda faz, instrumento de metamorfosis y de éxtasis, de posesión por los dioses; instrumento, asimismo de intimidación y de poder político. La etnografía entera está llena de caretas; de vértigos, de trances, de hipnosis y de pánicos, consecuencias inevitables de ellas. Este es el momento en que me atrevo a lanzar una hipótesis desmesurada: los pueblos entran en la historia y la civilización en el momento en que arrojan la máscara, en el instante en que la repudian como vehículo de pánico íntimo o colectivo, en el punto en que la despojan de su función institucional. Pero, aun desechada, simple accesorio de carnaval o de fiesta mundana, inquieta y fascina —su potencia de seducción está latente, pero no ha desaparecido. Ya volveré sobre este punto. Por el momento, quería solamente subrayar que el problema de la máscara no es ni episódico ni local. Interesa a toda la especie.

## 2. *Hombres e insectos*

He aquí otra de mis hipótesis fantásticas (justificable, puesto que es para librarme y alejarme de ellas que escribo estas notas): el parentesco entre hombres e insectos. En otra ocasión, quise demostrar cómo el comportamiento en los unos corresponde a la mitología en los otros. Puse de manifiesto conductas y ficciones; instintos y fantasmas.

Pero hay todavía más: el problema de la sociedad, que entraña el de las castas, de la guerra, de la colonización y de la esclavitud; el problema del lenguaje y el de la geometría (para las abejas); el de las drogas, el de la intoxicación voluntaria, el de los instintos funestos, el de los "vicios" (caso de las hormigas). Siempre con la misma oposición entre automatismo y libertad; oposición entre fijeza, repetición inmutable aquí, e invención, fluidez de la Historia allá. Por una parte, la inscripción en el organismo de toda solución experimentada, una modificación corporal valedera para millares de siglos; por otra, la perfección del órgano, de las antenas, de los palpos, de los ojos con facetas múltiples, sin contar la infalibilidad casi sonambulesca del instinto. Por la otra, la capacidad creadora de instrumentos, toscos y torpes al principio, armas insuficientes al comienzo, vestidos molestos, extraños al cuerpo (a diferencia de las caparazones o el vellón, que son como armaduras o abrigo de pieles imposibles de quitar); luego vienen las máquinas para fabricar armas, útiles o vestidos; a continuación, las máquinas complejas, elaboradoras de otras más sencillas. Esta facultad, capaz de un desarrollo ilimitado, implica el tanteo, el error y su rectifi-

cación. Inaugura, al mismo tiempo, una libertad decisiva. Presupone un lenguaje impreciso, ambiguo, que invita al contrasentido; no un sistema de signos unívocos, como el que compone el código limitado de las circunvoluciones y coreografías inexorables, denominado (de una manera abusiva) el lenguaje de las abejas, en virtud, sin duda de un desconocimiento radical de la naturaleza confusa de ese lenguaje, pero también como homenaje a una indudable semejanza funcional. La misma desgracia siniestra o venturosa implica aún sociedades con lucha de clases y guerra de religiones, con odios y fanatismos, con reivindicaciones, revueltas y revoluciones; de ninguna manera un orden inalterable, una economía perfecta, y la fisiología corroborando o dictando el régimen social. Tal facultad supone especulaciones matemáticas, que inventan hiperespacios, volúmenes abstractos, inimaginables, cuando no inconcebibles, deducidos de un juego refinado, libre, de símbolos arbitrarios; no la geometría implacable y exclusivamente hexagonal del panal de miel.

Me detengo aquí; pero las analogías abundan. Entrañan todas el contraste acostumbrado, el mismo paralelismo estricto en la oposición de término a término: el insecto crea en sí mismo, en la escala de la especie; el hombre fuera de él, en la escala del individuo.

### 3. *La Fulgora Laternaria*

Ciertos insectos, denominados *Cyphonia heteronotus sphongophorus*, ostentan en la parte superior, sombreándoles, como quitasoles torturados, superestructuras de formas desconcertantes—apéndices ramificados y entorpecedores, sin ninguna utilidad aparente. En realidad, son meras excrescencias ornamentales,<sup>1</sup> aéreas, que se bifurcan de improviso, de una manera ridícula y absurda, pero conservando una "preocupación" evidente de equilibrio y de simetría—guardando cierta semejanza con las tachaduras recortadas y sabiamente compensadas de los manuscritos de Rabindranath Tagore, o los cortes de las claves medievales más excepcionalmente trabajadas, o también con los meandros y las sinuosidades del arte zoológico—escita o sármata. Recuerdan, sobre todo, el andamiaje que corona ciertas máscaras de las ceremonias oceánicas o americanas.

Por otra parte, ciertos escarabajos grandes enarbolan en la cabeza apéndices agudos, motivo por el cual se denominan algunos de ellos

<sup>1</sup> El epíteto, en esta ocasión, no significa gran cosa para el arte y, menos para la ciencia; se trata sencillamente de subrayar una impresión.

"rinocerontes" o "nasicornis". La lucana lleva delante una cornamenta de ciervo articulada, que funciona como una mandíbula, pero que es inútil como tal. De modo semejante, las máscaras de los brujos se hallan adornadas de cuernos y de ramas. De esto, nada pretendo deducir.

Existe un género de hemípteros denominados *Fulgoras*, que el diccionario define de una manera temeraria, diciendo que son "insectos luminosos de los países cálidos". Los naturalistas distinguen (o más bien distinguían en el año X: las clasificaciones son efímeras) la *Fulgora laternaria* (del Brazil y de Guayana); la *Fulgora candelaria* (de China); la *Fulgora tenebrosa* (de Guinea); la *Fulgora fosforescente* y "nictálopa" (de Surinam); la *Fulgora brillante* (de Cayena); y finalmente la *Fulgora europea* (de Italia meridional y de Sicilia). Con excepción de la última (por razones estrictamente geográficas), todos estos adjetivos aluden a la relación presunta de todos estos insectos con la luz. La idea proviene de una creencia fuertemente arraigada, que atañe a su prototipo, la *fulgora laternaria*. En el siglo XVIII, Melle de Mérian confirmó la leyenda de que irradiaba una luz tan considerable que se podía leer un periódico en su proximidad. La cabeza de esta variedad de *fulgora* se prolonga hacia adelante, por medio de una protuberancia vesiculosa, vacía y casi tan grande como el cuerpo. La imaginación vio en ella una linterna, de ahí el nombre con que fue bautizado el insecto. Mas es menester poner las cosas en claro. La *fulgora* no es luminosa. Es el vacío de la protuberancia el que suscita la duda; la linterna carece de llama.

Tales ingenuidades ya no son admisibles. No faltaron hombres de ciencia que restituyeron graciosamente a la *fulgora* una débil luminosidad: la protuberancia brilla al contacto de los rayos infrarrojos. Fija bacterias fotógenas. En todo caso, no se trata ya de aquel fulgor intenso que, según Melle de Mérian, permitía "leer fácilmente los tipos de imprenta más finos".

Un crítico de arte, perspicaz a mi modo de ver, se ha fijado en que el carácter enigmático de la sonrisa de la Gioconda no provenía del dibujo de sus labios, sino de la circunstancia de haber sido pintada absolutamente depilada, sin cejas ni pestañas. Entonces ocurre que por una especie de transferencia es la sonrisa la que llama la atención. La observación me parece de aplicación general. Cuando alguna cosa sorprende, se tiende a descubrir la causa no en la verdadera razón, que salta a los ojos, sino en una característica adelantada por el prejuicio o que, por toda una serie de circunstancias, se esperaba verificar. La rareza de la *fulgora* no es su pretendida fosforescencia. Me atrevo a pensar que

Melle de Mérian, sorprendido por su aspecto, le atribuyó espontáneamente aquello que le maravillaba en las luciérnagas.

La protuberancia cefálica de la fulgora se asemeja con una precisión perfecta a la cabeza del caimán. Dibújase en ella una mandíbula postiza y una arcada enorme protege una especie de ojo en forma de globo. Detrás de esta boca, a la par enana y gigante, en la cual todos los rasgos son exagerados, casi caricaturescos, pero perfectamente modelados, se advierte apenas la cabeza minúscula del insecto y dos puntos negros y brillantes, casi microscópicos: los ojos. Esta bolsa vacía es superflua. Ni siquiera cabría pensar en cierto mimetismo. ¿Un hemíptero que vive en los árboles, volando de una rama a otra, ir a enmascararse con la cabeza de un saurio de centímetro y medio? ¿Para asustar a quién? ¿Qué clase de enemigo de la fulgora puede tener miedo de un verdadero cocodrilo y temer su reducción a una escala tan pequeña? Nada sería más absurdo. Además, la fulgora es realmente un insecto mimético. Pero de una manera distinta. Sus alas superiores están cubiertas de dibujos con tonalidades de camafeo, que lo hacen confundir con el tronco de los *simuraba*, en el cual se posan preferentemente. Del abdomen salen grandes copos encerados, que acaban por hacerla invisible entre los musgos, los líquenes y las irregularidades de la corteza. ¿Por qué, entonces, si se pone tanto cuidado en la simulación, llamar al mismo tiempo la atención con una careta monstruosa?

Entreveo dos respuestas a esta cuestión. La primera es negar que la protuberancia frontal de la fulgora se parezca realmente a una cabeza de cocodrilo. Se trataría de una sencilla ilusión, debida a la complacencia de la imaginación humana. Ciertos detalles, sin duda sorprendentes, favorecerían la manía de interpretación, pero la semejanza meramente fortuita no quiere decir nada objetivamente. Remito a cada lector a la fotografía de la fulgora. Mi opinión es que se le hace al antropomorfismo una concesión generosa en esta circunstancia. Los elementos del parecido provienen de su distribución recíproca. Aislados o dispuestos de otra suerte, sería algo verdaderamente fantástico reconocer ojos y dientes, como a veces nos complacemos en descubrir formas en las nubes. Mas en el caso particular todo se adapta y se estructura como las piezas de un rompecabezas. Estoy de acuerdo en reconocer que el parecido es absurdo, escandaloso, pero no puedo tampoco negar la evidencia, con tal de evitar el escándalo.

Llego a la segunda respuesta. En las alas inferiores de la fulgora, disimuladas, en situación de reposo, bajo las alas miméticas, se redondean anchos ocelos. Y no hay sino recordar para qué sirven los ocelos de las esfinges y de las orugas: para causar espanto a la presa o al

adversario. El insecto los desenmascara de repente, mientras que su cuerpo vibra convulsivamente. Me atrevo a decir que se comporta como un brujo. Con lo cual, reproduzco la interpretación propuesta en otra ocasión: "Ciertos insectos tienen círculos, simulacros de ojos desmesurados. Los emplean para fascinar a las víctimas o a los depredadores eventuales. Porque la contemplación prolongada y forzada de un círculo fijo provoca la parálisis y la hipnosis. Esta demostración del débil para asustar al fuerte, o del más lento para inmovilizar al más veloz, va acompañada de un frenesí, cuyo ritmo posee, por su condición misma, un poder maléfico. Hombres y animales son igualmente sensibles a estos efectos puramente ópticos y rítmicos. Por un lado, existe cierta clase de insectos provistos de alas superiores, que sirven para disimularlos y asimilarlos al medio, pero que, de pronto, descubren en un temblor espasmódico, círculos relativamente enormes, teñidos de un color vivo, donde antes no los había o cuya presencia era neutra y difícil de descubrir. Por otro lado, hombres enmascarados, que no asemejan seres humanos, aparecen de improviso y se comportan como fieras o demonios, cual espectros procedentes de otro mundo. Caen en trance, se sienten poseídos por fuerzas extrañas y soberanas. Sus gestos y sus gritos están dictados por el ser que los posee y ellos encarnan. Así transformados, persiguen y atemorizan a un pueblo embaucado, que no los identifica, que pierde toda facultad de defenderse y reaccionar. Presa de pánico, no es capaz de reconocer la verdad evidente, la presencia del hombre tras la aparición.

Si no hubiera más que los ocelos, vacilaría, sin duda, adhiriéndome a la tesis de un capricho de la naturaleza, por poco satisfactoria que ésta sea. Pero existe también el uso perfectamente juicioso del ocelo. Existe lo falso y el uso de lo falso. Pero también su uso eficaz. El insecto se comporta como si fuera un hechicero, como portador de la máscara y sabiendo utilizarla.

Mas a partir de este momento, dejo de creer en los azares y coincidencias. Disiento de los sabios, a quienes los ocelos y otras anomalías impresionantes les parecen ser meros *ornamentos* —no creo que esta palabra constituya una metáfora inferior a la de *máscara*, que prefiero adoptar en este caso. E insisto, de nuevo, en que es necesario verificar la misma oposición entre el mundo de los insectos y el mundo del hombre: "la máscara", inmutable, esculpida para siempre en la morfología de la especie; y el frágil simulacro exterior y movable, con el cual se cubre la faz el oficiante en el momento de fingir. Pero el efecto buscado es el mismo, y simétricos los medios de obtenerlo.

La protuberancia de la fulgora es una máscara —en cuyo caso

pierde importancia que represente o no una cabeza de saurio. La máscara no se ha hecho para representar fielmente otra faz. No está destinada a provocar el equívoco, sino que tiene por objeto causar espanto.

Por mi parte, deseo que los entomólogos investiguen si la máscara de la fulgora es realmente espantosa, si impresiona verdaderamente a los animales a quienes pretende asustar; o dicho de otro modo, si se sirve realmente de ella para completar la acción de sus ocelos.

#### 4. *Causas del abandono de la máscara*

El hombre ha sabido liberarse de la máscara. El sacrificio tuvo que ser considerable, cuando se piensa que la máscara ha sido durante mucho tiempo el símbolo por antonomasia de la superioridad. En efecto, en las sociedades primitivas, todo el problema consiste en estar enmascarado o en no estarlo (en meter miedo o en experimentarlo); o en una organización más compleja, en tener miedo de unos y causárselo a otros, según el grado de iniciación. Pasar a un grado superior equivale a saber el misterio que conlleva una máscara más secreta. Es saber que la espantosa aparición sobrenatural no es tal, sino un hombre disfrazado, como se enmascara uno mismo para atemorizar a los profanos o a los iniciados de un nivel inferior.

Seguramente existe un problema de la decadencia de la máscara. ¿Cómo y por qué los hombres renunciaron a ella? La cuestión no parece haber interesado a los etnógrafos; pero tiene una gran importancia. Por lo tanto me permito adelantar la hipótesis siguiente: no excluye en manera alguna la existencia de vías múltiples, diversas, incompatibles, correspondientes a cada cultura y situación particular. Por el contrario, las presupone. Aun cuando el móvil sea el mismo —el sistema de iniciación y de máscara sólo funciona cuando hay una coincidencia precisa y constante entre la revelación del secreto de la máscara y el derecho a hacer uso de la misma, para alcanzar el estado de exaltación y atemorizar a los novicios. Conocimiento y empleo se hallan así estrechamente vinculados. Únicamente aquel que conoce la verdadera naturaleza de la máscara y del enmascarado puede revestirse de la apariencia formidable. En todo caso, no es posible experimentar su ascendiente, o por lo menos, sufrirlo en el mismo grado, con la misma emoción de pánico sagrado, si se sabe que se trata de un sencillito disfraz.

Ocurre, sin embargo, que prácticamente, no es posible ignorar el secreto, o por lo menos, ignorarlo durante mucho tiempo. Lo que explica una falla permanente en el sistema, que debe defenderse de la cu-

riosidad de los profanos, por toda una serie de prohibiciones y castigos severísimos. En una palabra, la muerte; único castigo eficaz para sancionar el secreto descubierto. De donde se deduce que el mecanismo es frágil, a pesar de la apariencia probatoria apuntada por el éxtasis y la posesión. Es menester protegerlo ineludiblemente contra el descubrimiento fortuito, las preguntas indiscretas, las hipótesis o las explicaciones sacrílegas. No obstante, es inevitable que, poco a poco, la fabricación y el uso de la máscara o del disfraz no estén protegidos por prohibiciones rigurosas, aun sin perder el carácter sagrado. Entonces, por medio de transformaciones imperceptibles, se convierten en ornamentos litúrgicos, accesorios de ceremonia, de danza o de teatro.

### 5. *Fascinación postrera*

Tal vez el último intento de dominación política por medio de la máscara sea el caso de Hakim Al Moqanna, el profeta velado de Khorasan, que en el siglo VIII hizo frente durante varios años al ejército del Califa (de 160 a 163 de la Hégira). Se tapaba la cara con un velo de color verde o, según otros, con una máscara de oro, que no se quitaba nunca. Se hacía pasar por Dios, afirmando que se cubría la cara porque ningún mortal podía verla sin quedar ciego. Mas precisamente, tales pretensiones eran agriamente discutidas por sus adversarios. Los cronistas —a decir verdad, todos ellos eran historiadores de los califas— escriben que obraba de tal modo porque era calvo, tuerto y de una fealdad repugnante. Sus discípulos le obligaron a probar la verdad de su afirmación, conminándolo a mostrar la cara. Hakim Al Moqanna se las enseñó, abrasándose efectivamente unos cuantos, y convenciéndose los otros.

La narración oficial, sin embargo, explica el milagro y descubre (o inventa) la estratagema. He aquí el relato del episodio, tal como se encuentra en una de las fuentes más antiguas, la *Descripción topográfica e histórica de Bukhara*, escrita por Abú-Back Mohammed ibn Dja Far Narshakhi, y terminada en 332.<sup>2</sup>

Cincuenta mil soldados de Moqanna se reunieron a la puerta del cas-

<sup>2</sup> Reproduzco la traducción literal que M. Mohammed Achena ha tenido a bien hacer, a mi pedido, de una versión persa abreviada de la obra de Narshankhi (escrita en el año 574 de la Hégira). En la tesis de Gholan Hossoin Sadighi, *Los Movements religieux iraniens au II<sup>o</sup> y III<sup>o</sup> siècle de l'Hégire* (Paris, 1938) figuran el examen completo y crítico de las fuentes relativas a Hakim, págs. 163-186.

tillo prosternándose, y pidieron verle. No recibieron respuesta alguna. Insistieron e imploraron, diciendo que no se moverían en tanto no vieran el semblante de su Dios.

Moqanna tenía un sirviente llamado Hadjeb, al cual le dijo: "Diles a mis criaturas: 'Moisés me ha rogado que le enseñara la cara, pero no he querido mostrarme a él, porque no hubiera podido soportar mi presencia —y si cualquiera me viera, moriría al punto...' Mas los soldados redoblaron su insistencia, por lo que Moqanna les replicó: "Venid tal día y os mostraré mi faz".

Entonces, ordenó a las mujeres que estaban con él en el castillo asir cada una de ellas un espejo y congregarse en la terraza (eran cientos en su mayoría hijas de aldeanos de Soghd, Kesh y Nakhshab, que guardaba él en su castillo; y sólo se hallaban en éste las mujeres, además del servidor particular llamado Hadjeb). Allí reunidas [les enseñó] a mantener el espejo las unas frente a las otras y los destellos enfrentándose a su vez, precisamente en el momento en que los rayos del sol herían [de una manera más intensa].

Los hombres estaban reunidos. Cuando el sol se reflejó en los espejos, todos los contornos de ese paraje, por efecto de la reflexión, se inundaron de luz. En ese instante [Hakim] se volvió a su servidor, ordenándole: "Diles a mis criaturas: he aquí vuestro Dios se presenta ante vosotros — ¡Contempladle! ¡Contempladle!" Los hombres viendo el lugar sumergido en luz fueron presos de terror, y se prosternaron.

Hakim, según las circunstancias, basaba su divinidad en otros hechos prodigiosos. Hizo salir, durante dos meses, del fondo de un pozo —en Nakhshab, un cuerpo luminoso, parecido a la luna, y que irradiaba luminosidad hasta una distancia de varias millas. Un texto precisa que el objeto, después de alcanzar cierta altura, retornaba al pozo (Tad-jarib-us-Salaf, pág. 121 de la traducción persa de Al-Fakhri, 724 de la Hégira = 1136 después de J.C., publicada por A. Eghbal). Las relaciones antiguas nada dicen acerca del mecanismo del prodigio y de la naturaleza del cuerpo luminoso. Posiblemente fuera un antepasado modesto y lejano de la futura mongolfiera.<sup>3</sup>

Hakim justificaba su naturaleza divina y su superioridad humana apoyándose en una Teología poco sutil. "Dios se había encarnado varias veces en la figura de profetas y cada uno de éstos era superior al precedente. La encarnación anterior había tenido lugar en Abú-Moslin, que debía ser considerado como superior a los otros profetas. El mismo

<sup>3</sup> Globo aerostático. (N. del T.).

sería la última encarnación de la divinidad" (Sadighi, pág. 179). El Califa no podía menos que someterse.

Éste, sin embargo, incrédulo o impío, lanzaba sus tropas contra Hakim, el cual, para reclutar fieles más numerosos aún, perfeccionaba su teología con una ética seductora: "Permitía a sus sectarios matar a cuantos no compartiesen sus creencias, reducir a cautiverio a sus mujeres e hijos, apoderarse de sus bienes cual botín legítimo. Otorgaba una libertad absoluta en materia de relaciones sexuales, considerando como lícitos todos los actos declarados contrarios a la ley en la religión musulmana, y aconsejaba que no se tomara en consideración ninguna prescripción o prohibición religiosa" (*Ibid.*, pág. 180).

La victoria cambió de manos varias veces. Pero, a la postre, Bagdad resultó victoriosa. En el año 163 de la Hégira, Hakim fue cercado en su plaza más fuerte. El sitiador hizo traer de la India dos mil pellejos de búfalo, que llenó de tierra, para cubrir los fosos. Los generales del profeta le abandonaron, y Hakim se vio perdido. Mas hizo uso de un artificio que debería asegurar su prestigio póstumo, haciendo creer a sus fieles que había subido derecho al cielo. Sin embargo, llegando a este punto, cede la palabra a Narshakhi, que asegura haber recogido el relato de Mohammed ibn Daafar (sin duda, el ilustre historiador Abú Djafar Mohammed ben Ojarir ben Yesid Tabari), que lo recibió, a su vez, de Abú Alí Mohammed ibn Haroun, labrador de Kesh.

Éste relata lo siguiente:

Mi abuela se encontraba entre las mujeres que Moqanna había comprometido y guardado en el castillo. Cuenta que un día Moqanna invitó a todas las mujeres a beber a su mesa, según costumbre. Pero, en tal ocasión, echó veneno en el vino destinado a las mujeres. No sin antes haber dispuesto para cada mujer una copa personal, manifestándose así: "Cuando beba mi copa, deberéis haber bebido la vuestra hasta el fondo". "Todas ellas vaciaron sus copas, salvo yo, que vertí el vino en mi escote. Todas las mujeres murieron y yo me recosté entre ellas, haciéndome la muerta. Moqanna no se dio cuenta. Enseguida, se levantó, miró a su alrededor y encontró a todas las mujeres muertas; se acercó a su criado particular y le dio muerte, separándole la cabeza del tronco".

"Hacia más de tres días que había ordenado que se encendiera el horno. Se aproximó, quitóse la ropa, y se arrojó en él. Una bocanada de humo salió del horno. Me acerqué entonces, pero no percibí traza alguna de Moqanna. En el castillo no había nadie".

<sup>4</sup> Tarikh-i-Bokhara, pág. 72 de la versión persa. Nuevamente, debo la traducción del pasaje a la atención de M. Mohammed Achena.

Los cronistas apenas difieren en la manera de relatar el final. Según uno de ellos, Moqanna se arrojó a un pozo lleno de cal viva; para otros en una *cuba* de vitriolo; para un tercero (Awfi), en una caldera de mercurio. Para otros, en fin, en un horno, en el cual se fundía cobre, brea, o azúcar. Todos están contestes en su deseo de hacer creer en su desaparición sobrenatural. Barthélemy d'Herbelot de Molainville, en su *Bibliothèque orientale* (edición de 1777, t. II, pág. 185), cuenta el episodio de la manera siguiente:

Viendo, en fin, que no le quedaba otro recurso que rendirse o perecer, resolvió envenenar a todos los suyos. Una de sus concubinas, que descubrió la maniobra, se ocultó en un rincón del castillo, para escapar al peligro, y se dio cuenta de que Hakim, después de la muerte de toda su gente, recogió sus cuerpos y los quemó. Luego, se arrojó en una cuba de agua fuerte, preparada de antemano, desapareciendo por entero, salvo los cabellos, que quedaron flotando en la superficie.

El subterfugio logró su objetivo. Los prosélitos del profeta se persuadieron que su jefe había subido al cielo temporalmente, para descender otra vez a la tierra. Khurasan no volvió a recuperar la paz durante mucho tiempo. Poco importa que los analistas denuncien unánimemente la superchería de Hakim. El reino de la máscara parecerá ser en lo sucesivo el régimen de la impostura y de la charlatanería. Está ya vencido, pero continúa operando en las imaginaciones.

Ignoro cómo, cuándo y por quién se conoció en Occidente la historia de Hakim. En 1697, Herbelot la resume en el extracto que consagra al Profeta en su Enciclopedia. Mas es posible que otros orientalistas hicieran alusión a ella con antelación. La obra se reeditó en 1777, con adiciones de Galland. En 1787, en Ajaccio, Napoleón Bonaparte, a los 17 años, escribió una sucinta biografía de Hakim. La tituló *La máscara profeta*. Este fue su primer ensayo literario. Publicado en 1821, pudiera parecer que esas breves páginas fueran tomadas por una obra de imaginación. Terminan proféticamente, con la reflexión siguiente: "Este ejemplo es increíble. ¡Hasta dónde puede llegar el furor de la ilustración!" Efectivamente, el autor debía demostrarlo.

En 1914, en las *Psychologische Abhandlungen*, publicadas en Viena por C. G. Jung, J. Votoz quizá ha deducido del presunto cuento el carácter y el destino de Napoleón. No he conseguido esa monografía, pero una frase de Kuhn, en su obra *La Máscara* (traduc. franc., París, 1957, pág. 38), deja entrever tal propósito.

Jorge Luis Borges dedicó a *Hakim de Mery, tintorero enmascarado*,

un capítulo corto, en su *Historia Universal de la Infamia*. Obra totalmente original: las fuentes citadas únicamente las conoce el autor y, a manera de revancha, no utiliza ninguna de las conocidas por Sadighi y otros tratadistas del Irán. Al mismo tiempo, los acontecimientos de la vida de Hakim son exclusivamente de Borges, que descarta, por el contrario, los tres episodios atestiguados por los cronistas: los espejos resplandecientes, la luna artificial y el suicidio arrojándose al horno. *La Historia Universal de la Infamia* va acompañada de una bibliografía de materias. Por lo que se refiere a Hakim tan sólo se mencionan dos obras: la enigmática e inabordable *Vernichtung der Rose*, y el libro elemental y muy al alcance de todos, titulado *History of Persia*, de Sir Percy Sykes. Advirtiendo, sin embargo, que esta última obra únicamente dedica unas diez líneas al Profeta Enmascarado. Las cuales nada tienen de común con la biografía compuesta por J. L. Borges más que la referencia al poema de Moore.

## 6. Cierre del ciclo

Hacia 1700, en Francia, la máscara pasa a ser una diversión de la Corte. Mas un hecho insignificante demuestra de improviso la permanencia de la angustia que provoca. De la manera más inesperada —suscita en un cronista— tan apegado al realismo como lo es Saint-Simon, un relato fantástico, digno de Hoffmann y de Edgar Poe:

“Bouligneux, teniente general, y Wartigny, mariscal de campo, fueron muertos frente a Verue; dos hombres de valor extraordinario, pero en extremo originales. El invierno anterior se habían hecho varias máscaras de cera de personajes de la Corte, al natural, que las llevaban debajo de otra, de tal manera que, al quitarse la primera, uno se engañaba, confundiendo la segunda máscara con el verdadero rostro, sin parar mientes que aún quedaba oculta la auténtica faz. Resultó ser ésta una broma que causó mucho regocijo. Este invierno se quiso continuar con tal entretenimiento. La sorpresa fue grande, cuando se encontró en buen estado estas máscaras tomadas del natural, con excepción de las pertenecientes a Bouligneux y Wartigny, que, no obstante conservar el parecido perfecto, tenían la palidez y la tersura de las personas que acaban de morir. Hubo quien se las puso en un baile; pero causaron tal horror que se intentó animarlas, poniéndoles colorette, pero éste se desvanecía al punto, sin que pudiera alterar el rictus. Este acontecimiento me pareció tan extraordinario que lo consideré digno de mención; mas me guardaría muy bien de hacerlo si toda

la corte no hubiera estado presente como yo, y sorprendida en extremo y reiteradamente de esta insólita ocurrencia. A la postre, se tiraron las dos máscaras" (Mémoires de Saint Simon, Bibliothèque de la Pléiade, t. II, Cap. XXIV (1704), 1949, págs. 414-415).

En la misma época, en Venecia, la máscara es el accesorio de la intriga amorosa y de la conspiración política. La etiqueta y las instituciones le reservan, sin embargo, un uso oficial, como se desprende del relato de Giovanni Comisso, *Les Agents secrets de Venise au XVIIIe siècle* (París, 1944, pág. 37, nota 1):

"La *Bautta* consistía en una especie de manto con capuchón negro y máscara. El origen de este nombre no es otro sino la exclamación *bau, bau*, con la cual se asusta a los niños. Todo el mundo la llevaba en Venecia, sin exceptuar al Dux, cuando éste quería pasearse libremente por la ciudad. Los nobles tenían la obligación de llevarlo en los lugares públicos, tanto los hombres como las mujeres, para poner coto al lujo, y también para impedir que los patricios sufrieran en su dignidad al ponerse en contacto con el pueblo. En los teatros, a la entrada, los porteros debían vigilar que los nobles se tapasen bien la cara con la *Bautta*, pero, una vez en la sala, la guardaban o se la quitaban a su antojo. Los patricios, cuando se reunían para tratar asuntos de Estado con los embajadores, debían también llevar la *Bautta*, y el ceremonial prescribía en estos casos otro tanto para los embajadores".

Pronto ya no subsiste más que el antifaz de los bailes de máscara, y las caretas de carnaval. En 1900, Jean Lorrain habla de la máscara con sensibilidad. En 1948, Georges Buraud se ocupa de ella con nostalgia y conocimiento de causa. El ciclo se cierra.

## THE MASK

ROGER CAILLOIS  
(Abstract)

In a general phenomenology of the mask it is possible to venture the hypothesis that its use is not confined to man alone, but extends outside our species. We shall endeavor to show that there are insects which bear out our statement.

All humanity, whether primitive or civilized, has made use of the

mask: it is the one thing above all others—instruments, beliefs, institutions—that reflects the unity of mankind. The history of the mask is enigmatic: it raises the question of why man was prompted to cover his own face with a second one as an instrument of metamorphosis, religious ecstasy, intimidation and political power. We can hazard to say that the peoples enter history and civilization at the time they abandon the mask as an institution and its use is confined to frivolous purposes.

We shall put forth another fantastic hypothesis, to wit, that there is an analogy between men and insects—the system of castes, war, colonialism and slavery, geometric patterns, “vices”, and so on. This analogy holds in spite of the opposition of determinism and free will, of the good of the species (insect) and the good of the individual (man).

An hemipterous insect, the *Fulgora Laternaria*, bears a cephalic appendix that resembles the head of an alligator. In addition it has, beneath its mimetic wings, large ocelli. These coloured circles, common to certain species of insects, serve the purpose of fascinating or frightening the prey or enemy. And this is the very function—such is our interpretation, which we should like to have supported by the entomologists—of the cephalic appendix. But the *Fulgora's* cephalic appendix is no more nor less than a mask fixed in the species; and in man, the mask is a removable appendix of similar effect.

Man has finally been able to lay the mask aside. In primitive societies, it was a symbol of superiority, of an authority conferred to its bearer by the very mystery involved in the masking. There is a history of the mask, whose last chapter tells of its decline. And such a chapter would include the story of the arab prophet Hakim Al Moqanna, who was said to cover his face with a green veil—or a gold mask, according to other chroniclers—thereby sustaining the myth of his divinity, which was manifested to his sectarians by various prodigies. This Hakim Al Moqanna made what may be the last historical attempt of political subjection by means of the mask during the eighth century, when warring against the Caliph's armies.

Henceforth, as the “serious” reign of the mask ends, it will be used in imposture and play. Nevertheless, even if in eighteenth century France, the mask becomes only a courtly amusement, yet it suggests to Saint-Simon a tale of anguish and horror comparable to Hoffmann's or Poe's best. In Venice it was, at that time, an accessory to amorous intrigue and political conspiracy; noblemen were compelled by law to wear the *Bautta*—a kind of cloak with hood and mask—in public, as

a restraint on luxury and a safeguard to patrician dignity when it came into contact with the common people.

Later, the mask only lives in carnivals; at present, a few nostalgic writers still remember it. And thus the cycle comes to a close.